

DEFENSA DEL ARBOL

Nicanor Parra

Por qué te entregas a esa piedra
Niño de ojos almendrados
Con el impuro pensamiento
De derramarla contra el árbol.
Quien no hace nunca daño a nadie
No se merece tan mal trato.

Ya sea sauce pensativo
Ya melancólico naranjo
Debe ser siempre por el hombre
Bien distinguido y respetado:
Niño perverso que lo hiera
Hierre a su padre y a su hermano.
Yo no comprendo, francamente,
Cómo es posible que un muchacho
Tenga este gesto tan indigno
Siendo tan rubio y delicado.
Seguramente que tu madre
No sabe el cuervo que ha criado,
Te cree un hombre verdadero,
Yo pienso todo lo contrario:
Creo que no hay en todo Chile
Niño tan malintencionado.

¡Por qué te entregas a esa piedra
Como a un puñal envenenado,
Tú que comprendes claramente
La gran persona que es el árbol!
El da la fruta deleitosa

Más que la leche, más que el nardo;
Leña de oro en el invierno,
Sombra de plata en el verano
Y, lo que es más que todo junto,
Crea los vientos y los pájaros.
Piénsalo bien y reconoce
Que no hay amigo como el árbol,
Adonde quiera que te vuelvas
Siempre lo encuentras a tu lado,
Vayas pisando tierra firme
O móvil mar alborotado,
Estés meciéndote en la cuna
O bien un día agonizando,

Más fiel que el vidrio del espejo
Y más sumiso que un esclavo.
Medita un poco lo que haces
Mira que Dios te está mirando,
Ruega al Señor que te perdone
De tan gravísimo pecado
Y nunca más la piedra ingrata
Salga silbando de tu mano.

ELLA

Vicente Huidobro

Ella daba dos pasos hacia delante
Daba dos pasos hacia atrás
El primer paso decía buenos días
señor
El segundo paso decía buenos días
señora
Y los otros decían cómo está la
familia
Hoy es un día hermoso como una
paloma en el cielo

Ella llevaba una camisa ardiente
Ella tenía ojos de adormecedora de
mares
Ella había escondido un sueño en un
armario oscuro
Ella había encontrado un muerto en
medio de su cabeza

Cuando ella llegaba dejaba una
parte más hermosa muy lejos
Cuando ella se iba algo se formaba
en el horizonte para esperarla

Sus miradas estaban heridas y
sangraban sobre la colina
Tenía los senos abiertos y cantaba
las tinieblas de su edad
Era hermosa como un cielo bajo
una paloma

Tenía una boca de acero
Y una bandera mortal dibujada
entre los labios
Reía como el mar que siente
carbones en su vientre
Como el mar cuando la luna se mira
ahogarse
Como el mar que ha mordido todas
las playas
El mar que desborda y cae en el
vacío en los tiempos de abundancia
Cuando las estrellas arrullan sobre
nuestras cabezas
Antes que el viento norte abra sus
ojos

Era hermosa en sus horizontes de
huesos
Con su camisa ardiente y sus
miradas de árbol fatigado
Como el cielo a caballo sobre las
palomas

I. DESOLACIÓN

Gabriela Mistral

La bruma espesa, eterna, para
que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola cae
salmuera.
La tierra a la que vine no tiene
primavera:
tiene su noche larga que cual
madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda
de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un
cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte
infinito,
miro morir inmensos ocasos
dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que
hasta aquí ha venido
si más lejos que ella sólo fueron los
muertos?
¡Tan sólo ellos contemplan un mar
callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos
queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean
en el puerto
vienen de tierras donde no están
los que son míos;
sus hombres de ojos claros no
conocen mis ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de
mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi
garganta
al mirarlos pasar, me descende,
vencida:
hablan extrañas lenguas y no la
conmovida
lengua que en tierras de oro mi
vieja madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo
en la huesa;
miro crecer la niebla como el
agonizante,
y por no enloquecer no cuento los
instantes,
porque la *noche larga* ahora tan
sólo empieza.

Miro el llano extasiado y recojo
su duelo,
que vine para ver los paisajes
mortales.
La nieve es el semblante que asoma
a mis cristales;
¡siempre será su albura bajando de
los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la
gran mirada
de Dios sobre mí; siempre su azahar
sobre mi casa;
siempre, como el destino que ni
mengua ni pasa,
descenderá a cubrirme, terrible y
extasiado.

LA ETERNIDAD

Gonzalo Rojas

Sin tener qué decir, pero
profundamente
destrozado, mi espíritu vacío
llora su desventura
de ser un soplo negro para las rosas
blancas,
de ser un agujero por donde se
destruye
la risa del amor, cuyos dos labios
son la mujer y el hombre.

Me duele verlos fuertes y felices
jurarse un paraíso en el pantano
de la noche terrestre,
extasiados de olerse y acecharse
tigrementemente en lo inmóvil:

-Piedad, estrellas,
por los párpados de éstos que no
alcanzan a ver
el extrasol del Otro Juego, piedad
por el cuándo
y el dónde de estos mortales, por la
piel de esta espuma
aciaga, piedad, ley de los
remolinos.

POEMA 5

Pablo Neruda

Para que tú me oigas
mis palabras
se adelgazan a veces
como las huellas de las gaviotas en
las playas.

Collar, cascabel ebrio
para tus manos suaves como las
uvas.

Y las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor
como las yedras.

Ellas trepan así por las paredes
húmedas.
Eres tú la culpable de este juego
sangriento.

Ellas están huyendo de mi guarida
oscura.
Todo lo llenas tú, todo lo llenas.

Antes que tú poblaron la soledad
que ocupas,
y están acostumbradas más que tú
a mi tristeza.

Ahora quiero que digan lo que
quiero decirte
para que tú las oigas como quiero
que me oigas.

El viento de la angustia aún las
suele arrastrar.
Huracanes de sueños aún a veces
las tumban.
Escuchas otras voces en mi voz
dolorida.
Llanto de viejas bocas, sangre de
viejas súplicas.
Ámame, compañera. No me
abandones. Sígueme.
Sígueme, compañera, en esa ola de
angustia.

Pero se van tiñendo con tu amor
mis palabras.
Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas.

Voy haciendo de todas un collar
infinito
para tus blancas manos, suaves
como las uvas.

ÚLTIMA PRIMAVERA

EL SUR DORMIDO

Miguel Arteche

La luz bajaba desde la colina.
El sonido de un tren, un paso que
he perdido.
Juventud, herida de otro tiempo,
te alejas soñolienta
como una verde lámpara sepultada
en la noche...

Algo silencioso
estaba junto a mí. La lluvia
penetraba los techos perfumados.
Juventud, perdiste tu campana
antigua,
tu yelmo mágico,
tu vara transparente.

Ésta es mi habitación. Ésta tu
llama.
Éste el vestido. Ésta tu cintura.
"Tu nombre", dijiste, "se ha perdido
en la sombra.
Búscalo más allá, detrás de las
colinas".

Era yo el que cantaba.
Nadie ha de saciar nuestro
encuentro perdido.
Me perdí en el bosque. Partiste a
los canales.
La luz bajaba desde la colina.

NIEVE NOCTURNA

Jorge Teillier

¿Es que puede existir algo antes de
la nieve?

Antes de esa pureza implacable,
implacable como el mensaje de un
mundo

que no amamos, pero al cual
pertenecemos

y que se adivina en ese sonido
todavía hermano del silencio.

¿Qué dedos te dejan caer,
pulverizado esqueleto de pétalos?

Ceniza de un cielo antiguo
que hace quedar sólo frente al
fuego

escuchando los pasos del amigo que
se fué,

eco de palabras que no
recordamos,

pero que nos duelen, como si las
fuéramos a decir de nuevo.

¿Y puede existir algo después de la
nieve?

Algo después

de la última mirada del ciego a la
palidez del sol,

algo después

que el niño enfermo olvida mirar la
nueva mañana,

o mejor aún, después de haber
dormido como un convaleciente

con la cabeza sobre la falda

de aquella a quien alguna vez se
ama.

¿Quién eres, nieve nocturna,
fugaz, disuelta primavera que
sobrevive en el cerezo?

¿O qué importa quién eres?

Para mirar la nieve en la noche hay
que cerrar los ojos,

no recordar nada, no preguntar
nada,

desaparecer, deslizarse como ella
en el visible silencio.